

CAPÍTULO XVII

Nuestra Señora del Valle (República Argentina)

SUMARIO.—I. La imagen de la Virgen. II. El Valle de Catamarca. III. Origen de la santa efigie. IV. Insurrecciones de los calchaquies. V. Milagros obrados por la Virgen del Valle.

I

LA IMAGEN DE LA VIRGEN

Entre las imágenes célebres de la Santísima Virgen que guarda cual precioso tesoro la República Argentina, ocupa lugar distinguidísimo la que venera con el título de *Nuestra Señora del Valle* en el misterio de su Purísima Concepción. Es honrada en Catamarca, ciudad de unas veinte mil almas, capital de la provincia y departamento de su nombre, situada al pie de la sierra de Ambato, y regada por el arroyo Tala, que surte de aguas á toda la población.

La imagen es pequeña y su figura poco atractiva; pero las gracias que ha dispensado á sus devotos han sido tan grandiosas y admirables, que le han ganado los corazones no sólo de los habitantes de la diócesis de Tucumán, sino de todos los argentinos. No suelen apellidarla los fieles con todas las palabras de su título *Nuestra Señora del Valle*, sino con el nombre de *Nuestra Madre*, ó dulcificándolo más todavía, *Nuestra Mamita*.

Cuando con motivo de las fiestas se la baja del camarín al presbiterio, ha de ser en los brazos del obispo de la diócesis ó del sacerdote más distinguido del clero. Todos los fieles que se hallan presentes, rodean al eclesiástico que lleva tan dulce carga, derraman lágrimas de ternura, y procuran besar la peana ó merecer siquiera que la fimbria del manto de la Virgen les toque la cabeza. Es altamente edificante ver muchedumbres de hombres, mujeres y niños que permanecen como estatuas delante del trono de la Señora, mirándola sin pestañear, rezando preces salidas de pechos encendidos de amor, ofreciéndole velas y otros donativos, ó suplicando á los sacerdotes que toquen en sus manos rosarios ó cintas con la medida de la imagen. Al salir ésta en procesión, cortan con afán las ramas de los árboles junto á los cuales pasa, aunque sean de los árboles de la plaza, y se las llevan como recuerdo de la Virgen sin que las autoridades municipales se atrevan á castigar* estos singulares desmanes.

En 1886 se ratificó el juramento de reconocer á la Virgen del Valle por Patrona de la ciudad y provincia de Catamarca.

En 12 de Abril de 1891, en virtud de facultad pontificia, fué solemnemente coronada la imagen delante de treinta mil romeros. Fué un acontecimiento nacional y de ahí surgió la idea de coronar otras efigies, como la del Milagro, del Rosario de Córdoba, y la de Itatí.

Desgraciadamente no podemos escribir esta reseña con los detalles que hubiéramos deseado, pues sólo hemos podido adquirir el primer tomo de la *Historia de la Virgen del Valle* por D. Samuel Lafont Quevedo, publicada en Catamarca el año 1897, que sólo alcanza al año 1764, fecha en la cual se levantó una información en que declararon cincuenta y dos testigos mayores de toda excepción y bajo la religión del juramento. Cuanto

consignamos aquí, está sacado de esa fuente tan auténtica, y así merece todo crédito.

II

EL VALLE DE CATAMARCA

En 1586 el gobernador de Tucumán, Juan Ramírez de Velasco, resolvió penetrar en el valle de Calchaquí, y quiso que le acompañase el venerable Padre Alonso de Bárcena, apóstol jesuíta, para que anunciase las verdades evangélicas á los bárbaros indígenas que allí moraban. En el espacio de cinco meses y medio, y después de haber recorrido cuatrocientas leguas, el ejército español logró posesionarse del valle, y los indios, admirados de la grandiosidad de la empresa, rindieron vasallaje á los extranjeros. El gobernador, á fin de asegurar el dominio de ese territorio, reunió setenta familias españolas de diversas ciudades y cuatrocientos indios fieles, y en 20 de Mayo de 1591 dió principios á la ciudad que llamó Todos los Santos de la Nueva Rioja. Señaló sitio para una residencia de los Padres de la Compañía de Jesús, los cuales recorrieron todo el valle de Calchaquí catequizando é instruyendo á los indígenas, valiéndose al efecto de la devoción á la excelsa Madre de Dios. Es increíble el influjo que ejercían sobre esos espíritus todavía rudos las enseñanzas acerca de la Mujer bendita que mereció concebir en sus purísimas entrañas al Verbo divino.

Y los hijos de San Ignacio no se contentaban con instruir á los indígenas, sino que los defendían de las extorsiones de los encomenderos; por lo cual fueron muy perseguidos de los ambiciosos que querían enriquecerse á costa de la sangre de los infelices. Para asegurar las comunicaciones con Santiago del Estero, asiento central

del gobierno, el ya citado D. Juan Ramírez de Velasco, hizo construir en el valle de Catamarca un Pucará ó Fuerte que facilitase la defensa. Á su alrededor se formaron haciendas ó propiedades, cuyos dueños las cultivaban con indios dóciles y sumisos. En el año 1619 tenía allí sus parcelas de terreno un vizcaíno, llamado Manuel de Salazar, hombre recto y sencillo, instruido en letras y bastante favorecido por los bienes de fortuna para que pudiese pasar desahogadamente el resto de su vida. Había servido al rey en Chile de donde se trasladó al Tucumán, acompañando al gobernador D. Alonso de Ribera.

Se calcula que eran entonces ocho las familias españolas que vivían en el valle de Catamarca á la sombra del Pucará ó presidio de Polco, y percibiendo el fruto de su honesto trabajo en el producto de los algodones, *chaeras* y demás labranzas.

III

ORIGEN DE LA SANTA EFIGIE

Mientras así se gobernaban los de la colonia española, los indios cristianos del valle y pueblo de Choya acudían en secreto á una cueva de piedra, rodeada de peñascos, donde se hallaba una imagen de la Reina del universo representada en el misterio de su Limpia y Pura Concepción. La festejaban encendiendo hogueras y bailando y haciendo otras demostraciones de regocijo en su presencia.

El año 1630, estando en paz todo el Valle de Catamarca, un indio sirviente del vizcaíno Manuel de Salazar, vió que otros indios llevaban como á escondidas una lamparita y se dirigían á una quebrada del cerro. Al día siguiente, observando sus huellas, dió con la san-

ta imagen y corrió á dar aviso á su amo. Éste, á pesar de las vivas protestas de los naturales, la trasladó desde Choya al Valle Viejo, depositándola en su casa.

Varias conjeturas se han hecho acerca del origen de la santa efigie. Algunos piensan que quizás la traería San Francisco Solano, que por el espacio de ocho años predicó en Tucumán; y sabido es que los hijos del patriarca crucificado de Asís fueron los heraldos de la devoción á la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora. Otros, tal vez con más fundamento, la atribuyen á los jesuitas Sansón, Cereceda y Maceda, que evangelizaron á Catamarca entre 1630 y 1632. Sólo un testigo declaró en el proceso haber oído decir á sus mayores que la imagen había venido del Perú.

Pronto la Virgen declaró con un milagro que no era su voluntad recibir culto en casa privada, sino que en su indecible ternura quería favorecer á los indios y á todos los desgraciados. Sucedió, pues, que la efigie portentosa desapareció varias veces de la casa de Manuel de Salazar, volviendo á las peñas que están cerca del pueblo de Choya, donde fué hallada; hasta que los vecinos le construyeron una capilla en que se mantuvo colocada muchos años. Empero para manifestar á Salazar que no le daba un desaire, volvió dos ó tres veces á visitarle en su hogar, con lo cual entendió éste que la Señora le quería para sacristán de su santuario, y en tan santa ocupación vió llegar el último de sus días.

IV

INSURRECCIÓN DE LOS CALCHAQUÍES

Pronto empezó la Inmaculada Madre á favorecer á sus hijos del Valle de Catamarca con motivo de dos levantamientos de los indios calchaquíes, que ocasionaron

una guerra de treinta y cinco años en que corrieron ríos de sangre.

El primer levantamiento tuvo el origen siguiente. En 1627 entró á gobernar la provincia de Tucumán D. Felipe de Albornoz; pero cometió un yerro que ocasionó desgracias sin cuento. Habiendo salido los principales caciques del valle de Calchaquí á darle la bienvenida, el gobernador, por un ligero desmán que cometieron, los trató ignominiosamente, mandándolos azotar y cortar el cabello. Volvieron éstos despechados á sus hogares, resueltos á vengarse á cualquier precio tan pronto como hubieran reunido las armas y la gente necesaria. Llegó el día convenido, y se conjuraron todas las tribus vecinas haciendo destrozos entre los conquistadores descuidados, especialmente entre aquéllos que más habían contribuido para que fueran despedidos los jesuitas, que eran los que dominaban á las muchedumbres. Los indios que hacían de criados en casa de los españoles, mataban á sus amos á traición, y á viva fuerza se abrían camino al Valle, empeñados en recobrar su libertad. Tan amedrentado estaba el Tucumán con el creciente número de insurrectos, que hubieron de pedir los jefes refuerzo á Buenos Aires y al Perú. Diez años duró la lucha con suerte varia, aunque los indios llevaban siempre la peor parte. Y si los pocos españoles no sucumbieron agobiados por el número de los contrarios, se debe atribuir á una gracia especial de la Virgen del Valle.

Es digno de notarse lo que sucedió á los vecinos del Valle Viejo. Una patrulla de indios rodeó la ciudad con intento de asaltarla, en circunstancia en que allí no se hallaban sino mujeres y niños. Pero salióles al encuentro la Soberana Virgen en el mismo río en cuya ribera dicen que la veían, y formándose un formidable huracán los puso en acelerada fuga, librándose así los atribulados vecinos del inminente peligro. Los mismos

indios confesaron después, que, cuando la referida patrulla asaltó al Valle Viejo, vieron en los aires á la Reina del cielo que despedía de su presencia lanzas de fuego, con lo cual desbarató su inicuo proyecto. Con este hecho la sagrada imagen anunciaba que sería el Paladión y amparo de toda la Provincia del Tucumán y especialmente de su propio valle.

Apenas sofocado el primer levantamiento de los calchaquíes y siendo gobernador del Tucumán D. Alonso de Mercado y Villacorta, empezó á hacer correrías por el Virreinato un famoso embaucador llamado Pedro Chamijo, que se hizo conocer por D. Pedro Bohórquez Girón, y decía pertenecer á noble familia. Después de engañar á muchos en el Perú y Chile, logró evadirse á Tucumán, recorrió varias tribus de indígenas, y por fin se refugió en el valle de Catamarca. Allí comenzó á fraguar sus engaños: á los indios los halagaba con la esperanza de librarlos de los aborrecidos españoles, y á éstos los fascinaba con las promesas del rico tesoro de la *Casa Blanca*. El gobernador Mercado cayó en las redes de este embaucador audaz, quiso hacer pactos con él, á pesar de las vivas protestas de los capitanes más experimentados y valientes del ejército y de los consejos del obispo y cabildo; le condecoró con los títulos de teniente gobernador, Justicia Mayor y Capitán de guerra del Valle de Calchaquí; le permitió apellidarse inca, y le obsequió con vestidos bordados, marcasones de plata y llanta ó corona, con sol encima. El cabildo eclesiástico y el clero, á fin de conjurar los males que podían sobrevenir al territorio, nombraron Patrona de Catamarca á la Virgen del Valle y juraron celebrar una fiesta anualmente el día 17 de Septiembre, en que se hacía conmemoración del Dulcísimo Nombre de María. El cabildo civil se adhirió al proyecto el 22 de Septiembre del mismo año, que debe haber sido el de 1657, en que hubo en

la iglesia música, sermón y procesión, y por la tarde se cantaron los cinco salmos, cuyas letras iniciales forman el dulcísimo Nombre de María.

Mercado conoció al fin que había sido engañado; pero ya era demasiado tarde, pues Bohórquez había inquietado á los indios calchaquíes, haciéndolos levantarse en armas contra los conquistadores. Dios sabe los males que á los españoles hubieran ocasionado estos levantamientos, si aquéllos no fueran favorecidos de modo portentoso por su protectora la Virgen del Valle. Los testigos del proceso, afirman que la Virgen del Valle se aparecía en los aires á los indios y les infundía tanto miedo y espanto, que los obligaba á desbandarse como derrotados, dando de este modo la victoria á los escuadrones españoles. Así lo confesaban los mismos indios que eran llevados prisioneros al valle de Catamarca; pues al ver la santa imagen, decían: «Ésta es la que nos venció y rindió en las peleas; esta Señora es la que nos amedrentaba, y la que defendía á los españoles». Los gobernadores sucesivos lograron subyugar á los indios calchaquíes y los obligaron á expatriarse á otras regiones de la Argentina, repartiéndose sus terrenos entre los españoles.

En 1681 D. Fernando de Mendoza Mate de Luna tuvo la gloria de fundar la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, dándole cabildo y demás autoridades. El 18 de Diciembre de 1688 fué jurada la Virgen del Valle Patrona de la nueva ciudad y trasladada á ella, para establecer allí el trono de sus bondades y ser el Paladión de toda la provincia.

V

MILAGROS OBRADOS POR LA VIRGEN DEL VALLE

Relataremos ahora algunos de los singulares portentos realizados por la Virgen del Valle, principiando por el llamado de la Cadena, que declararon unánimemente casi todos los cincuenta y dos testigos de la información de 1764. Uno de ellos lo hizo en los siguientes términos: «De hacia el Perú bajó un caballero enfermo, gafo de pies y manos, desahuciado de varios médicos, que con diligencia había buscado por conseguir su salud; y desengañado, bajó así á esta Provincia, con noticia que tuvo de ser tan prodigiosa Nuestra Señora del Valle, á quien se encomendó y prometió visitarla; y llegado á esta ciudad, se hizo llevar á su presencia; y allí con muchas lágrimas le suplicó le diese salud; y consiguiendo cumplidamente despacho favorable, le ofreció y dejó una cadena de oro, en agradecimiento; y saliendo de esta ciudad sano del todo, tomó su retirada; y después de algunos días de camino, se encontró con un conocido suyo, quien con grande admiración de verle sano y bueno, le preguntó cómo había sanado; y le respondió que la Médica que le había puesto en aquel estado era la Virgen del Valle; pero que gracias á la cadena de oro que le presentó. Y habiéndose apartado cogió cada uno su camino; y llegada la noche se acostó en su real muy alegre y robusto, cuando al amanecer le acometieron intensísimos dolores que le sacaban de sí; afligidos sus criados, acudieron al amo; y entre estas diligencias, uno de ellos, encontró debajo de la almohada de su señor la misma cadena, que había dejado como premio de su salud.

La cadena existe en la actualidad y he aquí los datos

curiosos que acerca de ella consigna el señor Lafont: «La cadena está formada por ciento veintiún eslabones gruesos de forma elíptica; el diámetro mayor de ellos es de quince milímetros, y el menor de once, incluyendo en esta dimensión el grueso de los eslabones. Su longitud total es de un metro y quince centímetros; está doblada como las cadenas de cuello; y en uno de sus extremos tiene un pelicano de oro macizo de diez y ocho quilates, tamaño de siete centímetros de largo por cinco de ancho, pero de setenta y cinco gramos, y tiene incrustadas en el pecho, lomo y alas nueve esmeraldas, casi todas de forma esferoidal, siendo la más grande de dos centímetros en su diámetro mayor. Todo el pelicano tiene un esmaltado fino de colores. Esta cadena, como todas las demás joyas que tenía el santuario, debió ser vendida á fin de procurarse dinero para el trabajo de la iglesia matriz; pero por prohibición expresa del Prelado diocesano fué excluida de la venta; y merced á la tal prohibición es como esa joya se conserva al través de dos siglos; y á pesar de las frecuentes necesidades de la iglesia, que ha puesto á los curas en necesidad de convertir en dinero todos los objetos que se regalaban á la sagrada imagen.

Pero hay algo más que notar. La cadena del paralítico, que se arrastra trescientas leguas desde el Perú hasta el santuario, no está inmóvil ni guardada bajo llave en los cofres de la iglesia, no; muy lejos de esto, la cadena es solicitada á todas horas del día y de la noche por la fe de los creyentes; quienes en sus grandes padecimientos y aflicciones quieren aproximar á su corazón el recuerdo de aquel hecho portentoso.

Los curas y demás sacerdotes encargados inmediatamente de la administración de los sacramentos conservan en sus casas la cadena, y la facilitan al primero que la pide, sin reparar en su clase ni condición; y hasta

la fecha en el transcurso de tantos años, nadie ha osado poner su mano en la histórica joya.

Así como la llevan á la casa del pobre menesteroso, lo mismo que á la del rico, así vuelve intacta al santuario. ¿Habrá dado la casualidad de que en el trayecto de dos siglos siempre haya ido la cadena á manos de personas honradas? ¿Porqué alguno de tantos desconocidos, que han tenido á su disposición esa preciosa joya, no ha sido asaltado por el intento de sustraerla, teniendo en su favor el silencio y la oscuridad de altas horas de la noche, y por fin, la impunidad del hecho, desde que habría sido imposible averiguar su identidad y su nombre? El lector prudente se dará de todo esto una respuesta satisfactoria» (1).

Allá por los años 1700 á 1710 la Virgen del Valle resucitó dos muertos. He aquí cómo refieren los testigos el primer milagro. El Maestro de Campo, D. Ignacio Moreno Gordillo, tuvo dos hijos, de los cuales el uno murió al nacer. El otro fué segado por la muerte siendo ya crecido y en sazón en que era el encanto de sus padres. Éstos, apesadumbrados de tamaña desgracia, trajeron el cadáver desde su hacienda de Santa Cruz hasta Catorce, y lo depositaron á los pies de la Virgen del Valle, ofreciéndole que, si le restituía la vida, lo consagrarían al servicio de la iglesia. En el acto obtuvo favorable despacho su petición, pues volvieron con el niño vivo y sano á su casa. Cuando estuvo en edad competente, le dedicaron á la carrera eclesiástica. Sintiendo el joven con vivos deseos de abrazar el estado religioso, escribió á sus padres solicitando permiso; mas éstos, cegados por un falso cariño, no le respondieron. Entonces le acometió una enfermedad á la vista, que le dejó absolutamente ciego. Viendo que todos los

(1) Lafont Quevedo, *Historia de la Virgen del Valle*, pág. 123.

remedios que le aplicaban eran inútiles, acudió el paciente á la Virgen del Valle, ofreciéndole ordenarse de sacerdote y servirle en su santuario, si recobraba la vista. Obtuvo el prodigio y cumplió su palabra.

El segundo caso se realizó de esta manera. Doña Mariana Navarro Velasco ofreció á Nuestra Señora del Valle que si una esclava estéril que poseía, daba á luz un infante, se lo daría para su servicio.

Obtuvo lo que pedía; pero después, arrepentida del voto que había hecho, dijo que para qué quería la Virgen el mulatillo; que le daría por él lo que pesase en cera. Pero sucedió que, entrando la esclava á ver á su hijo, que había dejado durmiendo, lo encontró yerto; y traspasada de dolor ante el cadáver de su hijito, rompió en desgarradores gritos. Acudieron los miembros de la familia, y se convencieron de que el mulatillo estaba difunto. Reconoció la señora Navarro ser este castigo de la Virgen del Valle; por lo cual hizo que llevasen el cadáver á los pies de la santa imagen, y allí renovó la promesa de entregarlo perpetuamente á su servicio si lo devolvía á la vida. Con asombro de todos los circunstantes, el niño recobró la vida, y fué siervo de María Santísima, y en 1764 declaró como testigo en la información.

Para mayor honra de la Virgen del Valle, consignaremos aquí tres de los innumerables prodigios que refieren los testigos de la información.

En el año 1764 se presentó en Catamarca un esclavo del convento de la Merced de la ciudad de la Rioja. Estaba impedido de ambos pies, y sólo se sostenía apoyado en muletas. Cansado de medicinas, que resultaban infructuosas, oyó hablar de las clemencias de la Virgen del Valle, y en el acto resolvió implorar su auxilio. Llegó precisamente en los días de su fiesta, y con admiración de todos cuantos le conocían, volvió sano á su destino.

Érase el año 1752, cuando en el lugar de Chomoros, sucedió el caso siguiente: un page del presbítero Maestro D. Pedro Fernández de Agüero fué picado de una víbora á eso de la siesta; y cerca de la media noche estaba ya agonizando. La madre llamó al presbítero Agüero, el cual confesó que el mal era irremediable. Entonces la buena mujer exclamó: «Virgen Santísima del Valle, ¿es posible que permitáis muera mi hijo en estos desiertos? Á Vos acudo, Madre de piedad, para que no muera; y te prometo que luego que mejore, te haré cantar una misa aquí, ya que no puedo ir al Valle». Luego cesó la enfermedad y á la mañana siguiente estuvo sano.

En el año 1760 se desarrolló en el Valle de Catamarca una epidemia que ocasionó innumerables víctimas; mas, habiéndose el 15 de Diciembre sacado en procesión por las calles la Virgen bendita, cesó la epidemia como por ensalmo.



